

La Iglesia, testigo y constructora de esperanza

Retos y perspectivas

ÁLVARO CADAVID D.*

RESUMEN



Se cara a los desafíos que se presentan en el recién comenzado siglo XXI, el autor ofrece algunas perspectivas para la Iglesia, su pastoral y su teología. Dichas perspectivas se plantean teniendo como telón de fondo la urgencia de que la Iglesia, frente a un mundo excluyente e insolidario, se presente como "casa y escuela de la comunión" donde no se excluye a nadie y donde la solidaridad con todos, sobre todo con los excluidos, hace que ellos se sientan "como en su casa".

Palabras clave: Esperanza, excluidos, Iglesia inclusiva, teología de la inclusión, solidaridad, comunión.

Abstract

Facing the challenges that are present in the recently begun 21st century, the author offers some perspectives for the Church, its pastoral practices and its theology. Such perspectives start from the urgency that the Church, in front of a world characterized by the lack of solidarity, acts as a house and

* Presbítero y docente de teología del ITEPAL, Bogotá. Estudios en Filosofía y Teología, Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín. Licenciado en Filosofía y Ciencias Religiosas, Universidad Santo Tomás, Bogotá. Licenciado en Teología Fundamental, Pontificia Universidad Gregoriana, Roma. Doctor en Teología, Pontificia Universidad de Granada, España. Profesor invitado del Instituto Teológico-Pastoral para América Latina del Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM. Miembro del Consejo Internacional de Redacción de la revista *Louvain Studies* de la Universidad de Lovaina en Bélgica. Correo electrónico: acadavid@hotmai.com

ANTE UN MUNDO EXCLUYENTE E INSOLIDARIO, UNA IGLESIA INCLUYENTE Y SOLIDARIA, "CASA Y ESCUELA DE LA COMUNIÓN"

El papa Juan Pablo II, en el No. 43 de la carta apostólica *Novo millennio ineunte*, nos invita a poner la mirada en una tarea que la Iglesia debe realizar de cara al tercer milenio. Dice el Papa:

Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: este es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo.

Este texto expresa el fundamento de lo que es y debe ser siempre primero en la Iglesia: la comunión. Y esto, según el Papa, por una doble razón: una teológica, corresponde al designio de Dios, y otra pastoral, para responder a las profundas esperanzas del mundo.

El deseo del Papa de que la Iglesia llegue a ser "la casa y la escuela de la comunión", con el significado y las consecuencias que ello implica, nos parece que recoge, de manera sugestiva para el hombre de hoy, aquello que desde el Antiguo Testamento quiso Dios que llegase a hacer el pueblo de Israel y lo que, luego Jesús, y con él las comunidades primitivas y la Iglesia de los primeros siglos, pretendieron al querer convocar un pueblo que llegase a ser, social y visiblemente para el mundo, una "sociedad alternativa" o "de contraste", por sus relaciones de justicia, no violencia y fraternidad comunitaria entre sus miembros. En ese "pueblo", así constituido, todos los pueblos podrían encontrar el paradigma, ya realizado, de las relaciones a seguir en una sociedad.

El Papa solicita, en último término, como lo hacía el Concilio Vaticano II hace cuarenta años, que se recupere la eclesiología comunitaria y de comunión de las primeras comunidades cristianas. Hemos de reconocer que esta eclesiología responde a lo más genuino y fundamental de lo que la Iglesia es y tiene que ser siempre. Lamentablemente, en el trascurso de la historia y quizás por resaltar otros aspectos, esta eclesiología se fue progresivamente

school of communion, where no one is excluded, and the solidarity with every one, especially with the excluded ones, makes them feel at home.

Key words: Hope, excluded people, all-embracing Church, theology of inclusion, solidarity, communion.

desvaneciendo, y a pesar de su redescubrimiento por el Concilio y los intentos que se han hecho por recuperarla, todavía no lo logramos plenamente, o al menos con igual interés y dedicación en todas partes. Incluso podríamos decir que muchos de los problemas organizativos e institucionales a los que hoy se enfrenta la Iglesia se deben al oscurecimiento de su condición y práctica comunal a lo largo de la historia.

Una de las tareas, entonces, más urgentes a la que está llamada la Iglesia hoy es a recuperar esa dimensión comunal, que el Concilio Vaticano II señala como uno de sus elementos definitorios. Según la constitución *Lumen gentium*, LG, la Iglesia es sacramento de la comunión de los hombres entre sí y con Dios (LG 1), “pueblo constituido para la comunión de vida, de amor y de verdad” (LG 9).

En esta definición conciliar, que considera a la Iglesia como pueblo de Dios, es necesario precisar que ella es pueblo “*de Dios*” en cuanto, por una parte, es convocada por iniciativa divina y, por otra, en cuanto manifiesta su ser “*de Dios*” viviendo la comunión de vida, de amor y de verdad entre sus miembros y de éstos con Dios, para que así aparezca ante el mundo como un pueblo en comunión, es decir, como “*pueblo de Dios*”.

Esta comunión, sugiere el Papa en el documento ya aludido, viene fundamentada y antecedida por una espiritualidad de comunión; espiritualidad capaz de hacer que las estructuras que la hacen y la expresan sean realmente canales de comunión viva y eficaz. Dice el Papa en el mismo numeral 43:

Hace falta promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades.

- Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado.
- Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como “uno que me pertenece”, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad.
- Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un “don para mí”, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente.

- En fin, espiritualidad de la comunión es saber “dar espacio” al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cfr. Ga 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias.

Y agrega el Papa:

No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento.

Bajo la luz de esta espiritualidad, que es el alma y el corazón de la comunión, magistralmente descrita por el Papa, se sigue, entonces, la tarea de transformar la Iglesia, en sus instituciones, organizaciones y estructuras, para adaptarlas a este modelo de comunión. Asumir una praxis que vaya en esta dirección tiene importantes consecuencias para la doctrina eclesiológica en general y para la praxis eclesial, en concreto. Veamos:

- Hay que respetar la escala de valores en lo referente a la interioridad-exterioridad en la Iglesia. Si lo primero es la comunión, entonces lo estructural y organizativo es lo segundo, y sólo tiene sentido si está en función de lo primero. Todo en la Iglesia es para la comunión y debe tender a la comunión.
- Rescatar el comunitario pueblo de Dios significa, entonces, recobrar el binomio “comunidad-pluralidad de carismas y ministerios”, que sustituye el dualismo “clero-laicos”, que desde hace rato se viene dando en la Iglesia.
- Toda la rica ministerialidad eclesial que se recupera debe tender a que todos participen en la tarea eclesial con miras a realizar la comunión y, también, la misión evangelizadora en el mundo.
- El proceso de recuperación de los laicos y la potencialización de la comunitariedad en los distintos ámbitos de la Iglesia está en contra del modelo de una iglesia de masas, pues la realidad de la comunión es siempre menor mientras mayor es su medida cuantitativa, y viceversa, mientras menor es la experiencia comunitaria a nivel cuantitativo, tanto mayor es su realidad profunda.
- Urge, por tanto, potenciar cada día más las estructuras de participación y comunión a todos los niveles eclesiales: en perspectiva universal (el Papa y los obispos, la Iglesia de Roma y las Iglesias nacionales, el primado de Pedro y los patriarcados), en perspectiva local (el obispo con su presbiterio, la Iglesia particular con las vecinas, el obispo dentro de la conferencia epis-

copal), en perspectiva parroquial (la comunidad con pluralidad de ministros y carismas, el presbítero y el consejo parroquial, la parroquia como comunidad de comunidades y movimientos).

La realización de este modelo eclesiológico, pueblo de Dios en comunión, se constituye entonces en el gran reto del nuevo siglo que recién comenzamos, pues consideramos que este modelo no es algo meramente epocal, sino que, como dice el Papa en el documento citado, él responde mejor al genuino querer de Dios, y es, al mismo tiempo, la mejor respuesta que la Iglesia puede ofrecer a las esperanzas del mundo de hoy. Nos preguntamos, entonces, en concreto: ¿Hacia dónde debe estar orientada la praxis para que la Iglesia se construya a sí misma, de una manera social y visible, como “la casa y la escuela de la comunión”, de tal manera que llegue a convertirse en un auténtico espacio de esperanza, que permita a los hombres y mujeres de hoy rehacer sus esperanzas, en medio de un mundo de violencia, exclusión, discriminación y muerte?

A continuación señalamos algunas tareas –conscientes de que son sólo algunas–, que indican aspectos a tener en cuenta cuando se quiere alcanzar la perspectiva que hemos señalado. Estamos convencidos de que de la vitalidad para realizarlas dependerá en gran medida el futuro de la Iglesia en el siglo XXI y en el tercer milenio.

Cabe advertir que los elementos y aspectos que indicaremos ponen el acento en la Iglesia como tal, en su vida, en su organización, en sus estructuras y en su misión en el mundo, pero teniendo siempre presente –aunque no lo hagamos explícito por el enfoque adoptado– que el mensaje que ella anuncia es, todo él, por su misma naturaleza, un mensaje cargado de esperanza y, más aún, que en él la esperanza tiene nombre propio: Cristo Jesús (cfr. 1Tm 1,1). La perspectiva de nuestras reflexiones apunta, más bien, a que la Iglesia se construya y realice como Iglesia y, precisamente en cuanto tal, sea testimonio vivo de la esperanza que anuncia.

La comunión a nivel intraeclesial

1. Ante los anhelos de los hombres y mujeres de hoy, que se encuentran solos, desamparados y hasta aniquilados, que desean ser albergados en el seno de la Iglesia, de una manera más personal, para reconstituir allí su ser consumido por la pobreza y por tantas y tan diversas situaciones de exclusión, de violencia y de muerte, queda la Iglesia colocada ante el desafío de cons-

truir verdaderas comunidades, que sean tan vivas y dinámicas, que en ellas, a través de su capacidad de acoger a todos, se haga posible y de un modo real la experiencia de la ternura misericordiosa del Dios revelado en Jesucristo.

Estas comunidades están ante la tarea de buscar estilos originales de vivenciar la comunión y hacerla visible de una manera tan real y efectiva que en ellas se podrían rehacer tanto el sujeto personal como el social, con la clara convicción de que la restauración de lo político pasa primero por la reconstrucción personal de los sujetos para que, una vez reestablecidos, puedan hacerse cargo de la realidad y ser capaces de decisiones éticas en y para el provecho de la sociedad y no, como se viene haciendo, para el provecho personal.

2. La necesidad de una verdadera participación eclesial, exigencia de la misma comunión, reclama la tarea de trabajar, cada día más, por la recuperación del sacerdocio común de los fieles, hasta lograr que los laicos –con especial atención las mujeres– en su rica diversidad carismática, lleguen a ser los protagonistas tanto de la renovación de la Iglesia como de la misión evangelizadora, con la clara conciencia de que gran parte de la responsabilidad del futuro de la Iglesia recae sobre ellos (cfr. Juan Pablo II, *Ecclesia in America*, EA: No. 44). Se trata de un protagonismo libre de todo clericalismo y que no reduzca su acción al ámbito intraeclesial (cfr. Documento de Santo Domingo: Nos. 96-98). La mayor participación eclesial de los laicos solicitará, a su vez:

- Renovar cualitativamente la presencia y acción de los ministros ordenados en la Iglesia.
- Instaurar, reconocer e instituir los ministerios conferidos a los fieles que la comunidad necesite, de acuerdo con la amplia gama de carismas personales (Juan Pablo II, EA: No. 44).
- Fomentar y animar la incursión del laico en la sociedad para que la transforme según el querer de Dios, con la clara conciencia de que este es su campo específico de realización cristiana.
- Reconocer y asumir la capacidad que tienen los laicos, hombre y mujer, de participar y colaborar en la toma de decisiones en la vida eclesial.

- Facilitar una mayor entrada participativa del laico, hombre y mujer, en la elaboración del conocimiento y del discurso teológico.

3. Con relación a la multiculturalidad presente en el mundo, en el continente latinoamericano y también en nuestro país, toca a la Iglesia, que ha sido básicamente monocultural en su organización, en su estructura ministerial, en su expresión litúrgica y en su tradición teológica, responder a los desafíos que le plantea el reconocimiento de la pluralidad cultural, para adquirir los rostros propios de cada cultura, haciendo posible y real la identidad multicultural del cristianismo. Se trata del logro de la comunión eclesial en lo diverso y de lo diverso. Desde esta perspectiva, el modelo eclesial de comunión aparece como la mejor respuesta a la globalización actual del mundo, ya que permite la vivencia de una Iglesia única y católica, pero diferenciada e inculturada en distintas sociedades y culturas. La uniformidad deja paso aquí a la comunión en las diferencias, lo cual posibilita la expresión y aceptación de una identidad multicultural del cristianismo con modelos distintos de ministerios, de celebración litúrgica, de derecho canónico, de teología. Sólo una Iglesia capaz de recoger y albergar en su seno la variedad de pueblos de la humanidad, facilitará la realización de una unidad plural de culturas y de una comunión pluri-inculturada que, a su vez, puede convertirse en un posible modelo referencial de unidad para el mundo de hoy.

En el caso concreto de nuestro país, pensamos que hace falta todavía prestar una atención eclesial suficiente a la cuestión indígena y afrocolombiana. Es esta una asignatura todavía pendiente, pues Colombia, además de ser una realidad mestiza, culturalmente hablando, lo es también indígena y afrocolombiana en su identidad primera y original más profunda. El reconocimiento de este dato se convierte en una solicitud para que la Iglesia un día llegue a tener los rostros de esas culturas: una Iglesia con rostro indígena, que reconoce y promueve sus valores culturales; que acompaña su reflexión teológica; que aprecia sus símbolos, ritos y expresiones religiosas como lugar para inculturar la liturgia; que valora su cosmovisión y sabiduría para integrarla en la acción evangelizadora; que los constituye a ellos en sujetos de su propia evangelización; que promueve y fomenta ministros ordenados autóctonos y les confía ministerios especiales; que valora y aprecia su palabra y se esfuerza por conocer sus propias lenguas (cfr. Santo Domingo: No. 248; Juan Pablo II, Mensaje a los indígenas: Nos. 1-6). Una Iglesia, también,

con rostro afrocolombiano, que favorece sus propias expresiones religiosas; que participa de sus sufrimientos y los acompaña en sus legítimas aspiraciones de una vida más justa y digna; que los apoya en la defensa de su identidad y en el reconocimiento de sus propios valores; que les ayuda a mantener vivos sus usos y costumbres (cfr. Santo Domingo: No. 249; Juan Pablo II, Mensaje a los afro-americanos: Nos. 1-5).

Además de las dos culturas mencionadas, hay que recordar la cultura mestiza, la cultura urbano-moderna, y la cultura de la llamada posmodernidad. En cada una de estas culturas hay una tarea importante que realizar a nivel de la inculturación eclesial. Una Iglesia con rostro mestizo, que adopta sus formas, signos y acciones propias, entre las que se destaca, la religiosidad popular con su sabiduría, su peculiar devoción mariana, sus peregrinaciones y sus fiestas religiosas (cfr. Santo Domingo: Nos. 36 y 53). Una Iglesia con rostro urbano-moderno en su liturgia, catequesis y organización, que reprograma sus servicios y estructuras con criterios de apertura, flexibilidad y conciencia misionera; que se preocupa por el diálogo entre fe y ciencia, fe y expresiones, fe e instituciones, que son grandes ámbitos de esta cultura; que promueve y forma al laicado para ejercer en el mundo moderno su triple función; que sabe captar el lenguaje y los símbolos propios de la ciudad; que respeta y asume diferenciadamente los diversos espacios, funciones, ambientes y grupos propios de la ciudad; que multiplica las pequeñas comunidades, los grupos, los movimientos; que incentiva la evangelización de los grupos de influencia y de los responsables de la ciudad (cfr. Santo Domingo: Nos. 256-261). Una Iglesia, finalmente, también atenta a los retos que le plantea el hombre posmoderno, buscando respuestas para sus inquietudes (cfr. Santo Domingo: Nos. 252-253).

4. El reconocimiento de la pluralidad religiosa, en medio de la cual vivimos hoy, reclama la necesidad de instaurar un nuevo diálogo y encuentro de comunión ecuménica de las iglesias cristianas entre sí, y de éstas con las grandes tradiciones religiosas. Este nuevo diálogo debe ser fruto de un real y profundo interés por conocer y respetar la verdad del "otro", lo que permitirá, a nivel de iglesias cristianas, plantear la posibilidad de la realización de una vivencia común cristiana y, a nivel del encuentro con las grandes tradiciones religiosas, el conocimiento del Dios presente en cada una de ellas, valorando y apreciando el camino propio que cada una tiene para llegar a él, lo que, a su vez, podría ocasionar el surgimiento de una iglesia universal, con una

identidad de comunión ecuménica e interreligiosa, lo que también, a su vez, reclamaría, la elaboración de una auténtica teología del pluralismo religioso.¹

Podría existir el temor de que esta nueva actitud fuera una invitación a la disolución de la identidad cristiana, al relativismo o al romanticismo religioso, que absolutiza al “otro” y lo “del otro” por el simple hecho de ser del otro, pero no se trata de eso, sino más bien de andar por los caminos del universalismo, desde la valoración de las riquezas contenidas en la propia identidad y particularidad religiosa, desprovistos de una visión demasiado estrecha de la propia Iglesia y de la propia religión, que permita descubrir y reconocer al otro y la necesidad que se tiene de él, para poder mirar el mundo y construir la historia desde el universo del pluralismo ecuménico. Sólo de esta manera se podrá aportar lo propio y específico dentro del concierto del pluralismo social, económico, político, cultural y, precisamente, religioso o ecuménico, que tienda a construir la unidad en lo diverso, resistiendo así a una globalización uniforme y a una nivelación mundial, que trata de imponer una cultura, un solo estilo de vida, y hasta una sola forma de creer.

La comunión a nivel de la misión eclesial

La Iglesia, pueblo de Dios en comunión, está llamada también a realizar su misión en el mundo por deseo expreso de su fundador. Esta misión la realiza, por una parte, brillando e iluminando con su luz a los pueblos de la Tierra y, por otra, llevando a cabo la tarea de la evangelización para así reconstruir la esperanza, de cara a una humanidad desesperanzada, sobre todo, entre los más pobres y excluidos de la Tierra, que ven sus sueños frustrados y que se sienten impotentes ante los poderes de este mundo. Para llevar a cabo esta labor, la Iglesia tiene que hacerse presente en medio del mundo como animadora y colaboradora en algunos proyectos humanos que requieren el aval y el compromiso de todos los hombres de buena voluntad. También le

1. En este contexto es importante tener en cuenta la notificación de la Congregación para la Doctrina de la Fe *“Dominus Iesus”* a propósito de los planteamientos hechos en el libro de Jaques Dupuis sobre este tema (cfr. Dupuis, 2002a; Dupuis, 2002; Geffré, 2000: 3-32).

toca a ella responder a algunos desafíos propios que el mundo le plantea. Veamos algunos quehaceres de cara a esta tarea eclesial:

1. La cuestión de las víctimas, marginados, discriminados, pobres y excluidos, con su consiguiente carga de sufrimiento y dolor, producto del sistema socioeconómico imperante y de los diversos sistemas políticos en el mundo entero, exige y reclama una responsabilidad humana común, a la vez que se presenta como un desafío primordial para la Iglesia.

Nuestra Iglesia, que por opción y estilo de vida heredado de su fundador debe ponerse de parte de las víctimas de la sociedad, está ante el reto de impulsar y animar procesos que conduzcan a la globalización de la solidaridad y la esperanza. Humanizar la globalización y apropiarse de lo mejor de ella para forjar una sociedad y una cultura profundamente comunitaria y solidaria, que no permita que haya más pobres ni excluidos sobre la Tierra y que contribuya a la dignificación e igualdad entre todos los hombres, es una de las labores prioritarias hoy en la Iglesia (cfr. Juan Pablo II, *EA*: No. 55).

A nivel macro, se trata de buscar el establecimiento de la justicia internacional, y de asegurar el respeto de los derechos humanos y de una solidaridad comunitaria en todo lo humano. Para el logro de este fin es urgente, por una parte, elaborar una reflexión e impulsar una praxis que tenga como punto de partida el valor de la persona como principio y fin de toda institución social, y que haga de ella, especialmente de los más pobres, el centro del desarrollo; y, por otra parte, buscar un consenso ético universal en torno a los derechos humanos y al logro de la justicia en favor de los pobres y excluidos.

En este escenario es importante señalar las diversas iniciativas de voluntariado y de alternativas solidarias, como grupos de economía solidaria, organizaciones de trabajadores y empresarios que luchan por la justicia social, expresiones pedagógicas humanizantes y de rescate cultural, instituciones que potencian la organización comunitaria para la satisfacción de necesidades compartidas y comunes, y que buscan animar y fortalecer la organización y protagonismo de los empobrecidos y excluidos, actuando como contrapeso de los poderes políticos y económicos (cfr. Consejo Episcopal Latinoamericano, 2003: 22). En todas estas realidades debe hacer una presencia especial nuestra Iglesia, con la convicción de que todo lo que posibilita

hacer al hombre y promoverlo hace parte esencial de su tarea evangelizadora y es, por tanto, una labor eminentemente teológica.

La presencia activa de la Iglesia en todas estas realidades supone, por un lado, una espiritualidad de solidaridad, como el fruto más maduro de la comunión vivida eclesialmente -comunión para la solidaridad- y, por otro, una pastoral alimentada por la esperanza y generadora de esperanza.

La espiritualidad de la solidaridad tiene su fundamento en el amor misericordioso de Dios por la humanidad, manifestado en los misterios de la creación, de la encarnación y de la pascua. Ella encuentra su urgencia en unas entrañas de misericordia, que sienten en carne propia el dolor del hermano y que impulsan a transformar la sociedad, porque postula un mundo con sabor a Reino de Dios (*ibídem*: 187-188).

Una pastoral alimentada por la esperanza tiene su fundamento en la confianza en el Espíritu del Señor que, como artífice de la esperanza, despliega este don en la comunidad creyente. Y es generadora de esperanza en cuanto empuja a los creyentes a luchar contra toda forma de exclusión, a liberar de los miedos que esclavizan y a romper las cadenas de la pobreza y la marginación, creando condiciones de promoción personal y colectiva (*ibídem*: 220).

A nivel micro, en este campo de los marginados y excluidos hay que poner la atención, de manera especial, sobre los hombres y mujeres “de la calle”, aquello que se ha llamado “marginación residual”: prostitutas, mendigos, pordioseros, indigentes, desempleados permanentes, endeudados vitalicios, gentes perdidas en los basureros de las ciudades, alcohólicos, drogadictos, extranjeros ilegales, personas contagiadas por enfermedades de transmisión sexual, enfermos mentales, que vagan sin dirección ni sentido alguno por nuestras ciudades... En fin, los “nadies”, toda esa gente que no tiene grandes historias de opresión que contar, pero sí pequeños relatos de sus sinsabores y desgracias cotidianas. Esas personas, que tienen formas tan frágiles de relacionarse, de amar y de esperar, viven sumidas en una atmósfera de desesperanza, de tristeza y de fatalismo, y aun desde el punto de vista religioso ellos mismos se autoperciben como olvidados de Dios, sin vínculos con ningún tipo de institución religiosa y, menos todavía, con alguna norma eclesial. Entre ellos, algunos ya ni creyentes son. A esas personas se les ha llegado a denominar indignamente, bajo el apelativo de “desechables”.

Es este un desafío muy importante para una Iglesia que quiere hacerse “la casa y la escuela de la comunión”. Toda esa gente está llamada, como diría el papa Juan Pablo II, a sentirse en la Iglesia, “como en su casa” (Juan Pablo II, *Novo millenio ineunte*: No. 50).

En este caso la tarea eclesial no es ya sólo la de sugerir, animar, indicar, o la de pretender quitar el sufrimiento asistencialmente, sin acercarse al dolor de toda esa gente. Aquí la tarea adquiere una connotación especial: hacer la experiencia de una solidaridad real y efectiva, nacida de sentir en las entrañas el dolor de los excluidos, experiencia que lleva a meterse en estas situaciones y con esas personas de manera directa, para “remediar” en ellos lo humano que esté desfigurado, realizando con los mismos una pastoral “inclusiva”, que combate toda forma de exclusión social, económica, y hasta religiosa. En este último aspecto, si la tarea de hacer la comunión con todos y entre todos exige que de ella no se excluya a nadie y que todos se sientan como en su casa, entonces quedan todavía algunas cuestiones pendientes para repensar teológicamente en nuestra práctica pastoral, y aun sacramental, de la que muchos, por muy diversas razones, se ven hoy de hecho excluidos.

Todo lo anterior nos enfrenta a la urgencia de hacer una reflexión y de elaborar una “teología de la inclusión” (cfr. Laguna, 2004) que, basada en la praxis incluyente de Jesús, sustente la mencionada pastoral “inclusiva” y lleve a globalizar la esperanza entre la gente que padece el dolor de la exclusión social. El modelo de este tipo de pastoral y de teología es siempre la persona histórica de Jesús: su contacto con los llamados pecadores, hecho no desde el poder sino desde el servicio compasivo, las comidas con ellos, las curaciones de enfermos y la expulsión de demonios, son signos precisamente de la llegada del Reino, que acaba con cualquier tipo de exclusión social y que muestra que Dios, en Jesús, ha asumido la humanidad desde el dolor, el sufrimiento y la exclusión.

Una teología hecha desde esta perspectiva permitirá devolver la palabra a los excluidos del “cuarto mundo”, una palabra dolorosa, que para nosotros se convierte ya en una queja y en un clamor por el dolor infligido. Es esta una teología que, contemplando el misterio de la cruz, auspicia –desde la experiencia de la resurrección– la esperanza en el cumplimiento de la promesa en ella contenida para los excluidos del cuarto mundo. Es también esta una teología que, desde la opción preferencial de Dios por los últimos, se alimenta de la praxis pastoral de una Iglesia que planta su morada en el

mismo espacio físico de las penurias y sinsabores causados por la marginación y la exclusión, para compartir comunionalmente el lenguaje del sufrimiento y la esperanza, y los valores de la sensibilidad, la austeridad, la gratuidad y la ascesis, frente a un sistema que pretende embotar la sensibilidad, para que las dinámicas de la pobreza y la exclusión sean justificadas como meros daños colaterales, residuales e inevitables de los llamados beneficios del mercado.

Pero en este punto hay algo más. La Iglesia, que en muchos ambientes era reconocida como una institución poderosa e influyente, comienza ahora a ser también excluida, ignorada y no tenida en cuenta en ninguno de los centros de poder y de decisión. Asumir con toda seriedad y responsabilidad este dato nos exige a todos un cambio de mentalidad y de actitud, pues conscientes de que vamos constituyéndonos en una minoría, y en una minoría marginal, nos toca plantar nuestra tienda lejos de los palacios del poder, del tener y del consumo, para asentarla en medio del grito adolorido de los excluidos, y desde una vida ascética y austera construir comunidades eclesiales que se conviertan en verdaderos movimientos de “globalización inclusiva”, en donde los excluidos, por la búsqueda apasionada que hacemos de ellos, puedan sentirse “como en su casa”, permitiéndoles así rehacer sus esperanzas y sus vidas.

Digamos, pues, para concluir este aspecto, que una teología y una pastoral de la inclusión no son más que la expresión viva de una Iglesia “inclusiva”, es decir, una Iglesia que verdaderamente busca la comunión solidaria con los preferidos del Dios que, desde sus promesas, todavía puede hacer soñar y rebosar de esperanza el mundo de los excluidos.

2. Relacionado de alguna manera con el tema precedente se encuentra también la cuestión en torno a los deseos de libertad, que expresan y solicitan hoy todos los hombres y mujeres a nivel universal.

La defensa de la libertad es una exigencia para la Iglesia, y seguro que también para las religiones, como espacios y promotoras “de y para la libertad”. Es esta una tarea que llama a hacer un correcto discernimiento y crítica de las búsquedas de libertad de los hombres y mujeres de hoy; discernimiento que posibilitará a la Iglesia colaborar en la superación de las perversiones de la libertad –despotismo, anarquía o indiferencia- en las que ha caído hoy el mundo y, por otra, acompañar e iluminar la reflexión y la

praxis de todos aquellos esfuerzos y búsquedas de libertad en cualquiera de las dimensiones de la existencia humana. En este sentido, nuestra Iglesia debe comprometerse de lleno en la defensa y promoción de las diversas libertades a las que tiene derecho todo hombre y mujer de este mundo: libertad de religión, libertad de fe, libertad de conciencia, libertad de asociación, libertad de expresión...

Desde esta perspectiva, en un mundo donde soterradamente se quita todo espacio de libertad, para sacrificarla al imperio del mercado y al consumo, sólo una Iglesia libre y promotora de una religión de la libertad, será capaz de devolverle a los hombres y mujeres de hoy la posibilidad de encontrar un espacio que, a la vez que se deja soñar, es capaz de hacer soñar, poblando de esperanzas e ilusiones de libertad el árido desierto del sometimiento a un modelo cultural, a un estilo de vida, a una forma de pensar, de actuar, de opinar y de expresarse, que se le quiere imponer con la pretensión de invadirle hasta su propia conciencia.

3. El momento dramático, unido a un cierto sentimiento de impotencia frente al actual problema ecológico, desatado por la ciencia, la técnica y la industria, ha hecho tomar conciencia de la posibilidad de una hecatombe mundial e, incluso, universal. Esta situación reclama la responsabilidad de todos en el común destino de la humanidad. El respeto religioso por la naturaleza, al igual que por el hombre, reta al cristianismo y a las religiones tradicionales a promover unas relaciones de justicia y de paz, que a la vez salvaguarden toda la creación.

Es aquí donde de nuevo se apela a un ecumenismo que sepa ir más allá de las bien intencionadas invitaciones morales y que sea capaz de reformular las relaciones de Dios con su creación, y las del hombre con la misma, no como dominador sino como servidor y solidario con todo lo creado. Se trata de la posibilidad de elaborar una visión que vislumbre con profundidad la presencia de Dios en la naturaleza y la naturaleza *en y desde* Dios, favoreciendo una nueva experiencia religiosa, del hombre y de la naturaleza, y dando un sólido fundamento a una "ecoteología universal".

Lo anterior constituye un desafío para que nuestra Iglesia, como pueblo de Dios en comunión, entre también en la dinámica de la comunión con todo lo creado, haciéndose líder en programas en defensa de la vida, en todas sus formas y en todos sus momentos, para así dar respuesta al desafío

de un mundo depredado y agotado en sus recursos y que reclama de todos una solidaridad con las generaciones futuras que, de un momento a otro, pueden encontrarse con un mundo sin recursos para vivir.

4. De cara al conflicto armado y al clima de violencia que vive el país es importante que se llegue a identificar a nuestra Iglesia como una comunidad que –tanto en su interior como hacia fuera– fomenta la relación y el diálogo entre los diversos y aún entre los contrarios; que se nos descubra como el espacio de la fraternidad y de la paz, que se nos señale como los más comprometidos en las causas más nobles que han brotado del espíritu humano, y que se nos encuentre servidores permanentes que llevan adelante dichas causas (cfr. Consejo Episcopal Latinoamericano, 2003: 183-184). De esta manera, la Iglesia en nuestro país quedará como modelo testimonial y fermento creíble de lo que anuncia. En ella todos podrán encontrar realizado aquello que responde a los deseos de su fundador y que coincide con nuestros mejores sueños, ilusiones y esperanzas: un recinto de paz, donde las diferencias no nos hacen enemigos ni los conflictos nos hacen romper la hermandad. Ella podrá, así, ser vehículo permanente e instrumento dialogal de paz, a través de la cual los “enemigos” y contrarios de nuestra sociedad podrán encontrarse e iniciar un camino de reconciliación que traiga para todos la soñada y esquiva paz que tan largamente hemos esperado.

5. Ciertamente no es fácil escuchar, identificar y encontrar respuestas a las preguntas de nuestra época. Para hacerlo se necesita una especial sensibilidad y una conciencia viva que permita escuchar los gritos de la historia y, a través de ellos, las interpelaciones de Dios. Es esto lo que se ha denominado “los signos de los tiempos”. Nuestra Iglesia tiene que seguir siendo maestra en el arte de escrutar, discernir e interpretar estos signos, convirtiendo de este modo la historia en un auténtico lugar teológico, lo que, a su vez, permite comprender mejor la revelación recibida en plenitud, pero todavía no totalmente explicitada.

Consideramos que esta es, finalmente, la manera como nuestra Iglesia, pueblo de Dios en comunión, de cara a un mundo que se presenta con las características enunciadas, nunca dejará de ser un espacio de esperanza y testigo de la misma entre los hombres y mujeres de hoy, pues la lectura de los signos de los tiempos permite a la Iglesia hacerse cada día de cara a la realidad, a la vez que le facilita ir más allá de los márgenes de lo considerado

explícitamente como cristiano y del mero marco institucional eclesial, para discernir la presencia de Dios en todo lo humano y en todas las gestiones que los hombres realizan en la construcción de su historia. Esto hace de la Iglesia una comunidad eminentemente profética, capaz de anunciar con valentía la Buena Nueva del Evangelio en cada situación, capacitándola, simultáneamente, para denunciar con libertad todo lo que contradice el proyecto de Dios en el mundo.

6. Para terminar, por su especial significación y alcance para el tema que nos ocupa, quiero llamar la atención sobre dos realidades importantes en nuestra Iglesia colombiana, que van haciendo de ella un verdadero signo y oasis de esperanza para nuestro pueblo:

Por una parte, nuestra Iglesia, se ha constituido en una instancia que goza de una credibilidad importante en nuestro país. Es este un elemento muy valioso cuando de hablar de la esperanza se trata, pues mucha gente sencilla y creyente de nuestro pueblo ve en ella el único lugar de confianza y la única fuente de donde puede provenir la defensa de sus derechos y la realización de sus esperanzas. Y nuestra gente tiene razón para ello, pues es innegable que desde hace ya un buen rato la Iglesia en nuestro país ha estado presente, acompañando muy de cerca a nuestro pueblo en las dificultades diarias que el conflicto armado y la violencia de cada día les impone. Cuántos laicos muy comprometidos con su vida cristiana, cuantos sacerdotes, religiosos y religiosas, y cuántos obispos, han sabido jugársela, hasta poner su propia vida en peligro, en la lucha por la justicia y la paz.

En este contexto hay que hacer notar también el significativo rol que la Iglesia ha desempeñado, a través de sus obispos y sacerdotes –tarea silenciosa y muchas veces incomprendida por unos y otros–, en la búsqueda de la reconciliación y la paz, unas veces ofreciendo sus servicios para el diálogo y otras a través de tantas campañas, jornadas de oración, trabajos de reflexión y toma de conciencia, peregrinaciones, vía crucis por todo el país.

Paralelo a lo anterior, cuántas muertes se han podido evitar, gracias a los buenos oficios de sacerdotes y obispos de nuestra Iglesia, que van hasta los lugares –en el campo, en la selva, y en las ciudades–, en donde se encuentran los distintos grupos armados que se enfrentan violentamente en nuestro país, para hablar personalmente con ellos y solicitarles el respeto a la vida y dignidad de tantas personas amenazadas, desplazadas, secuestradas

o condenadas a muerte. Incluso, muchas veces, las víctimas de la violencia sólo han encontrado apoyo en nuestros pastores y en los programas nacionales y diocesanos de ayuda a los damnificados.

Por otra parte, desde hace ya casi dos décadas se han ido implementando, en ya un considerable número de iglesias particulares de nuestro país, proyectos diocesanos de renovación eclesial y de evangelización. Cuando se revisa la imagen de Iglesia presente en esos proyectos y el estilo de práctica pastoral que suscitan, es posible encontrar en ellos una marcada eclesiología de comunión, a la vez que desarrolla y hace operativos los contenidos de dicha eclesiología. Es este un elemento que nos abre a la esperanza de una Iglesia y de una evangelización cada vez más renovada, acorde tanto con las líneas de una eclesiología de comunión como con el proyecto de una nueva evangelización.

Estos, y otros tantos esfuerzos que se hacen, y conscientes de que todavía faltan muchas tareas por realizar en la línea que hemos presentado a lo largo de nuestra exposición, irán convirtiendo a la Iglesia colombiana en un verdadero signo de esperanza, en cuanto ella, por la calidad de sus comunidades, por su compromiso evangelizador, por su empeño en la búsqueda de la paz, y por su predilección por los excluidos y las víctimas de la violencia, llegará a ser espacio, a la vez que testigo, de la esperanza, para tantos hombres y mujeres que en nuestro pueblo no ven, la mayoría de las veces, ninguna luz en el camino ni encuentran en otras instancias motivos que los impulsen a seguir esperando.

CONCLUSIÓN

Hemos esbozado unas tareas, las que hemos descubierto como más urgentes, con la convicción de que otras no las vemos o se nos escapan, para que la Iglesia de cara al siglo XXI y a los desafíos que le plantea el mundo, el continente latinoamericano y nuestro país, llegue a convertirse realmente en una "Iglesia para vivir", "casa y escuela de comunión" y aparezca así, ante los hombres y mujeres de hoy, como una "sociedad de contraste", que sea testimonio y signo anticipador, no sólo por las palabras, sino por su estilo de vida comunitario y fraterno, y por su manera de estar en el mundo y ante el mundo, de la realidad del Reino querido por Dios que ella proclama.

A manera de síntesis mencionamos, una vez más, dichas tareas, y explicitaremos su aporte a la construcción de la esperanza:

- Unas comunidades eclesiales profundamente comunitarias, vivas y dinámicas, que en la experiencia profunda del amor misericordioso del Dios revelado en su hijo Jesucristo sean capaces de hacernos recuperar la esperanza de conseguir hombres y mujeres reconciliados con Dios y consigo mismos, contribuyendo así a la reconstrucción personal de los sujetos que, una vez sanos, pueden ser ya capaces de un compromiso social serio, con miras a hacer que el Reino de Dios resplandezca en las estructuras políticas, sociales y económicas, que hoy están produciendo exclusión y pobreza.
- Unas comunidades eclesiales en donde todos encuentran un espacio de participación efectiva y donde todos los bautizados se hacen sujetos activos y protagonistas de la tarea evangelizadora nos permite ver cumplido el sueño de una Iglesia-comunión, toda ella ministerial, fraterna y servidora, que se presenta ante el mundo como sacramento de unidad y salvación.
- En un mundo que se reconoce pluricultural, la creación de una Iglesia capaz de reunir a los diversos pueblos de la Tierra, inculturando en ellos su mensaje, sus celebraciones, sus ministerios, su teología, permite ver realizados los anhelos de una comunión plural y pluri-inculturada y de una Iglesia que sabe acoger dentro de ella lo diverso y lo distinto. Esto mismo se constituirá en una crítica, a la vez que en modelo contrastante de una pretendida globalización homogeneizadora de pueblos y culturas.
- Unido al aspecto anterior, en medio de la pluralidad religiosa y de iglesias que vive el mundo de hoy, una Iglesia cada vez más abierta al diálogo y a la búsqueda de la unidad ecuménica, a fomentar la paz entre las religiones y las naciones, a reconocer y acoger la verdad del otro, posibilitará ver realizado el deseo de una Iglesia verdaderamente "católica" en su estructura, en sus formas, en su estilo y en su actitud.
- Una Iglesia que desde su opción por los marginados y excluidos y por su estilo pobre y sencillo entre ellos se empeña en impulsar y animar la globalización de la solidaridad y la esperanza, se convierte para el mundo en una instancia que le brinda la confianza de que ella es una comunidad que siempre se pone de parte de los pobres y que en ella y a través de ella es posible encontrar un lugar para siempre soñar en un mundo en comunión, sin víctimas ni excluidos de ningún tipo y por ningún motivo.

- Una Iglesia que fomenta la libertad, tanto en su interior como de cara al mundo, que se presenta ante todos como carente de poder y sin ninguna ambición del mismo, podrá ser una palabra autorizada y creíble en la defensa de las distintas libertades humanas contra todo lo que las atropelle, a la vez que puede unirse a los proyectos que buscan defender la vida, los derechos humanos y la instauración de la justicia para todos.
- Una Iglesia que se hace solidaria con la creación de Dios, promotora de su defensa y cuidado recreará la esperanza de que los hombres y mujeres hagan de este mundo un lugar de convivencia fraterna entre ellos y con todo lo creado.
- Una Iglesia que en su interior fomenta el diálogo y la paz entre lo diverso y los diversos podrá llegar a ser signo eficaz e instrumento para que, en ella y a través de ella, los contrarios se encuentren y abran los diálogos que nos permitan llegar a la deseada reconciliación y a mantener la esperanza de que un día la paz será posible para todos.
- Una Iglesia siempre atenta a los signos de los tiempos, para discernirlos e interpretarlos, será la mejor garantía de que ella será siempre capaz de reavivar cada día la esperanza en el Dios que siempre está llegando, como fuente de salvación, para iluminar la vida cotidiana de los hombres y mujeres de todo tiempo y lugar.

La Iglesia debe, pues, tomar conciencia plena de que –por fidelidad al designio de Dios y como respuesta a las profundas esperanzas del mundo– su razón de ser y su misión sólo tienen sentido, lo repetimos una vez más, en cuanto sus comunidades sean verdaderas “casas y escuelas de la comunión” y en cuanto su tarea evangelizadora llegue a ser, desde el testimonio de esas comunidades, una presencia viva en todo lo humano, para promoverlo y dignificarlo cada vez más. Así será ella una Iglesia donde los de dentro gozarán construyendo lazos íntimos de comunión fraterna, donde nadie es excluido ni maltratado, presentándose de esta manera como una “sociedad de contraste”, donde se santifica el glorioso nombre de Dios, viviendo valores alternativos a los que hoy los poderosos de este mundo pretenden imponer, y los de fuera, por la luz que esas comunidades irradian, encontrarán en ella un espacio de esperanza, que puede hacer soñar de nuevo a tantos hombres y mujeres pobres y excluidos, que vagan sin sentido y sin esperar ya nada, de nada ni de nadie, por el mundo y por nuestro país, en el Dios de las

promesas y en las promesas de Dios. Así ella será también una Iglesia creíble, que da razón de su esperanza a todo el que se la pida (cfr. 1 P 3, 15) y que ofrece siempre motivos nuevos para seguir esperando. De esta forma, todos los que hoy conforman la Iglesia, y también todos los que se sientan atraídos por ella como lugar de comunión fraterna podrán continuar seguros su peregrinar histórico, esperando la realización plena del Reino, con la confianza de que el mismo Dios, fuente, garante y agente de la esperanza y, en definitiva, también su objeto último, no los defraudará.

BIBLIOGRAFÍA

CONFERENCIA EPISCOPAL LATINOAMERICANA, *Documento de Santo Domingo*.

CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO. *Globalización y nueva evangelización en América Latina y el Caribe. Reflexiones del Celam, 1999-2003*, Bogotá, 2003.

DUPUIS, J. *Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso*, Sal Terrae, Santander, 2002a.

DUPUIS, J. *El cristianismo y las religiones. Del desencuentro al diálogo*, Sal Terrae, Santander, 2002.

GEFFRÉ, C. "Le pluralisme religieux et l'indifférentisme, ou le vrai défi de la théologie chrétienne", en *Revue théologique de Louvain* 31, 2000.

JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*.

JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Ecclesia in America*.

LAGUNA, JOSÉ, "¿De la liberación a la inclusión? Qué teología para el cuarto mundo", en *Cuadernos Cristianismo y justicia*, 127, septiembre de 2004.